

***Dos relaciones ecológicas fundamentales:
ferocidad/depredación versus
angelicalidad/protección.
El poder del lenguaje y de los significados
que jerarquizan éticamente al valor***

A. O. López Alonso

A. O. LÓPEZ ALONSO: Doctor en Filosofía con orientación en Psicología por la UBA (1983), el autor es Investigador Superior del CONICET y Presidente, Vicepresidente y Miembro de Comisiones Asesoras de la Carrera de Investigador del CONICET. Ejerce la Dirección del Instituto de Investigaciones Psicológicas –IIPUS- de la USAL y es Director Honorario del Doctorado en Psicología de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la Universidad del Salvador, institución esta última de la que fue Vicedecano y Director de Carrera de Grado Honorario. Ha sido Profesor Titular por Concurso de la Universidad de la Plata y de la UBA, y actualmente se desempeña como Titular de la Carrera de Licenciado en Psicología y Psicopedagogía de la USAL y como Profesor Titular del Doctorado en Psicología Social de la Universidad Argentina John F. Kennedy. Es autor de numerosos trabajos de investigación publicados en distintos medios nacionales e internacionales con referato.

La Vida es el fenómeno más misterioso e insondable del Universo, y la ecología es el estudio de todas las formas de vida vistas en relación con su propio medio ambiente; este es un espacio del cual la vida depende totalmente, ya que sin un medio ambiente suficientemente adecuado la vida no puede sobrevivir ni existir. El medio ambiente es, por lo tanto, una de las claves principales para explicar y descifrar el sentido y el misterio de la vida; y él mismo es y forma parte de la propia vida que cobija. Asimismo, las especies vivientes, sobre todo las superiores, están dotadas de un sistema nervioso central que registra y regula su relación con el medio y les provee de información permanentemente actualizada de este (recepción

sensorial y perceptiva de estímulos) con distinto alcance representacional mental total, según la especie. La especie humana es la que ha sido dotada con la capacidad de representación mental más amplia, abstracta y compleja sobre la realidad o entorno que la rodea, capacidad dentro de la cual el habla o lenguaje como sistema de representación verbal y conceptual abstracto creador de significado ha jugado un rol exclusivo y privilegiado.

El planeta Tierra es el medio ambiente global que cobija a todas las variedades y formas de vida que conocemos, incluidos nosotros mismos, los humanos; el planeta Tierra es un ecosistema viviente al generar y albergar a todas y tantas formas de vida. Es como una cuna o nicho ecológico gigante aislado en el sistema solar e intergaláctico.

Todas las especies y formas de vida planetarias guardan relaciones estrechas y definidas con su medio ambiente, y estas son sus relaciones ecológicas. La dependencia vital del medio es la principal y la más común de ellas; y es fácil que, dentro de esa dependencia, cada especie tenga que afrontar una situación de pugna y competencia característica con otra especie a fin de defender su propio nicho o espacio vital, y aun su propia vida dentro de un mismo medio ambiente compartido. Muchas de estas relaciones y situaciones extremas son características de cada especie, pero importa, sobre todo, detectar aquellas relaciones que representan los aspectos y condiciones ecológicas más comunes, generales y compartidas a todas las formas de vida, o a su gran mayoría; es decir, aquellas relaciones ecológicas que, a modo de suerte o de destino común, todas las formas de vida comparten entre sí.

Entre todas las relaciones ecológicas hemos hallado, en primer lugar, como las relaciones más generales, comunes y compartidas, las dos siguientes relaciones ecológicas, que estimamos fundamentales: 1) la relación de ferocidad-depredación y 2) la relación de angelicalidad-protección. Aunque la primera es casi siempre una relación intempestiva y no buscada o evitada por la especie, la segunda aparece, junto con la huida y la defensa inmediata al ataque, como una reacción natural y tardía complementaria, mucho más compleja que todas las anteriores relaciones.

Si bien comprenden y afectan a todas las formas y niveles de vida, estas relaciones se ajustan, adaptan y renuevan en cada nivel de complejidad que cada forma de vida en cuestión haya alcanzado, desde lo animal instintivo hasta lo humano, social, racional y cultural. Esta omnipresencia y universalidad de esas dos relaciones básicas se las da justamente su carácter propiamente ecológico; ya que ecología es siempre expresión del ajuste del organismo al medio, y donde el medio y el ajuste a este son siempre obligados y están presentes como demanda biológica básica para los todos los organismos vivientes, ya sean vegetales, animales o humanos.

En realidad, la primera relación ecológica señalada —la *ferocidad/depredación*— es esencialmente primaria para el sostén de la vida del animal o humano que la ejerce, pero, en realidad, en conjunto, es negativa, empobrecedora e indiferente hacia cualquier otra forma de vida u otro signo o significado de vida o hacia otro individuo u otra cultura distinta a la propia, aunque esta sea positiva y trascendente para la vida en general. Mientras que la segunda relación básica invocada —la *angelicalidad / protección*— contrariamente, es siempre positiva, progresiva, trascendente y enriquecedora de los principales significados explícitos e implícitos sobre todos los sentidos de la vida.

Si bien estas dos relaciones ecológicas se contraponen entre sí, ellas se dan en una gran diversidad de mezclas a través de todas las especies vivientes, especialmente en los animales superiores y el hombre. El significado de esa mezcla se va intensificando y enriqueciendo a medida que aumenta el grado de complejidad biológica de cada especie. Como veremos, el significado más intenso y complejo de esa mezcla se da en el Hombre, a raíz justamente de su mayor complejidad biológica y mental. Pero, justamente, dada esta mayor capacidad y complejidad biológica, esa mezcla se da en el Hombre en las formas más sutiles y benignas que es capaz de alcanzar en sus sentidos de *angelicalidad-protección* y, a la vez, en las formas más sutiles y perversas que puedan desarrollar sus remanentes bioecológicos de *ferocidad-depredación*.

En el Hombre, se dan las formas de representación del medio más elevadas y extendidas, permanentemente ampliadas y perfeccionadas, las que trascienden y superan al mero entorno físico inmediato. Pero vamos a tratar de explicar cómo estas formas de representación han sido logradas a través del desarrollo de la relación y representación ecológica definida como de *angelicalidad-protección*.

Estas dos relaciones ecológicas básicas se dan así, en su complejidad y en el alcance logrado por la especie, como mezclas de infinitas maneras, donde sus mezclas diversas se establecen en la red total de relaciones y representaciones mentales que caben dentro de un espacio o sistema ecológico social y cultural como el que rodea al ser humano.

Es obvio que el enfoque ecológico proviene de la Ecología, y, como dimos a entender, esta es la ciencia que estudia las relaciones de cada organismo viviente con su medio, relaciones en las que importan y se toman en cuenta los distintos estados de equilibrio y desequilibrio ambiental que vive y padece el organismo viviente. Generalmente, estos estados ambientales externos están en estrecha relación con los equilibrios y desequilibrios internos de la propia fisiología del organismo viviente (homeostasis). Ya sea que cada organismo, animal o humano, esté organizado en forma individual o grupal, ya sea que esté interactuando en forma individual o colectiva con su medio o entorno físico, biológico, social, cultural o económico, en procura de alcanzar su propio equilibrio interno-externo, su progre-

so y su supervivencia están siempre moldeados por un tipo determinado de relaciones ecológicas fundamentales entre él mismo y esos medios o contextos.

El organismo debe mantener un equilibrio interno u homeostasis, pero también debe mantener un equilibrio externo con su medio externo, ambos equilibrios, el interno y el externo, están íntimamente interrelacionados; de su complementación y armonía depende la continuidad de la vida. El equilibrio externo depende de que el organismo, ya sea animal o humano, encuentre su nicho ecológico. El *nicho ecológico* es como un *locus* o situación definida y delimitada de equilibrio externo dentro del medio ambiente total, pero un medio en donde el organismo encuentra albergue para refugiarse, alimento y recursos suficientes para nutrirse y abastecerse, medios seguros y relativamente cercanos como para mantenerse a sí mismo, y a su grupo o familia, de modo de poder reproducirse, cuidar y prolongar su descendencia. Los diccionarios de biología generalmente definen al *nicho ecológico* como el *estatus* o el *rol* de un organismo *en su medio*, los tipos de alimentos que consume, sus depredadores, sus tolerancias de temperatura, etc., y sostienen al mismo tiempo que dos especies no pueden coexistir con estabilidad si ocupan nichos ecológicos equivalentes. Pero existe un significado axiológico de nicho ecológico que suele abarcar mucho más que esta definición.

La vida siempre busca y encuentra formas de equilibrio externo que aseguren su auto-preservación de manera relativamente estable y continua; pues si no lo consigue queda expuesta a terribles desequilibrios y amenazas letales. La irrupción, por ejemplo, de un nuevo depredador en el área normal de desplazamiento de una especie es suficiente motivo para ello; puede amenazar a tal punto el equilibrio de dicho nicho ecológico que este deja de serlo y debe ser abandonado por otro, o bien sucumbir a tan trágico designio.

En realidad, el equilibrio perfecto o el nicho ecológico perfecto rara vez existen; generalmente, en el mejor de los casos se trata de un equilibrio inestable; pero algún factor de desequilibrio mayor y extremo es siempre posible, lo que en sí representa diversas formas de amenaza para el organismo y su especie.

El sentido de nicho ecológico, su equilibrio y sus desequilibrios, puede extenderse y comprender a la realidad humana no solo físico-natural, sino también social, cultural y económica, y afectar tanto a niveles individual, familiar, grupal o comunitario. Hoy, la despereja distribución de la riqueza económica en el mundo como reflejo de una globalización está mostrando una magnitud tal de desequilibrio ecológico, ya tan profundo, que está adquiriendo visos de catástrofe o cataclismo ecológico a escala mundial.

El nicho ecológico como *locus* de provisión de alimento, equilibrio, estabilidad y seguridad es una condición esencial inherente a la vida que se da en todo el reino animal, pero continúa y adquiere significados más densos y complejos en la especie humana. En toda sociedad humana, dentro de las relaciones e interacciones de

sus miembros, se dan formas y combinaciones muy variadas y creativas de nichos ecológicos económicos y culturales; con los cuales, mediante la actividad social, se puede acceder normalmente a nuevos recursos, y los miembros de una sociedad pueden mutuamente accederse, apropiarse, distribuirse, redistribuirse e intercambiarse dichos recursos, siempre escasos, a fin de equilibrar sus demandas, ya sea desprendiéndose de los más prescindibles y canjeándolos por los más imprescindibles, de manera que la carencia de uno se compense con el excedente de otro, etc. Pero a nivel humano también importa establecer si a dichos recursos se los administra y distribuye con equidad o sin ella en función de un orden ético o de un sistema de valores económicos y culturales que, en principio, deben diferenciarse como: 1) *valores materiales o tangibles*, y 2) *valores inmateriales e intangibles* para lograr su sentido y relación con las dos relaciones ecológicas fundamentales que estamos desarrollando. Los segundos valores –los inmateriales o intangibles– trascienden la materialidad de los primeros y se elevan sobre ellos remitiéndose a principios y normas de respeto mutuo y de calidad de vida, de confianza y credibilidad mutua, de consideración, respeto y aprecio por el otro; o bien, aluden a condiciones que hacen a la buena y agradable convivencia y vecindad, y terminan demarcando hitos imprescindibles de respeto por lo humano, por los Derechos Humanos y por los valores éticos y morales, en primer lugar. Estos valores son el resultado y resumen del desarrollo y comprensión del concepto axiológico de lo inmaterial, supremo e intangible, un nivel de representaciones hacia el cual solo acerca el desarrollo de la relación ecológica de *angelicalidad-protección*.

Todas las relaciones ecológicas entre la vida y su medio ambiente nos enseñan a comprender mucho mejor cómo es la vida en lo particular y en lo general, cómo se sustenta, en qué condiciones ambientales se reproduce y se preserva mejor, qué amenazas la acechan y, por el principio de continuidad de la vida y de la especie, deben terminar preguntándose cómo los progenitores deben arreglárselas para asumir el cuidado y la preservación de sus descendientes, y qué nuevas fuerzas biológicas, emocionales, afectivas y mentales ha desarrollado esta necesidad de asegurar la continuidad de la vida.

Pero, asimismo, el enfoque ecológico explica también qué distintos tipos de desequilibrios afectan a la vida, y, además, cómo logra esta recuperarse de ellos o, de otro modo, cómo sucumbe. Por consiguiente, el encuadre ecológico también nos explica cómo se organiza y se reorganiza la vida cotidianamente para recuperar su estabilidad y su equilibrio. Y, por último considera qué es lo que la vida misma genera e introduce como innovador y creativo para ella misma y para el medio ambiente a medida que sobrevive y va superando todas sus adversidades sobre sus propios límites y dificultades; es decir, el enfoque ecológico también permite estudiar cómo la vida supera su vulnerabilidad y refuerza su resiliencia.

A través del análisis ecológico puede también comprobarse cómo la vida es

una organización basada en el mantenimiento de ese doble equilibrio interno y externo con su medio, el que no puede desbaratarse ni interrumpirse ni en el intercambio ni en la interacción con él. En cuanto ese doble equilibrio se interrumpe, la reproducción y continuidad genética de la vida se extingue; y, una vez extinguida, ya no se puede recuperar. No obstante, a pesar de las peores contingencias, vicisitudes y de ataques feroces de depredadores tendientes a desestabilizar, desorganizar y destruir la vida, esta ha logrado sobrevivir de muchas maneras; y muchas de ellas son magníficas e increíblemente sorprendentes. De este modo, el análisis ecológico cuenta y describe la historia cotidiana de la vida de cada especie, saca a luz las claves escondidas en su crónica diaria, punto por punto, y explica los avances y desarrollos de la vida desde los más remotos orígenes e ignotos momentos en que la vida fue creada.

Pero, la continuidad de la vida no solo depende de sí misma, sino también del delicado y esforzado cuidado de quienes son sus progenitores; es decir, depende de la reproducción o procreación de los vástagos y cría. También depende en esto de la capacidad de soportar y superar situaciones nuevas de amenaza y riesgo, hambrunas y esfuerzos extremos, como de toda sus resistencias a la penuria. A través de ello, es especialmente sorprendente la capacidad de trabajo y de creatividad que todo ser viviente puede ser capaz de desarrollar para superar sus déficits y amenazas. Por último, la vida también depende del permanente mantenimiento del equilibrio alcanzado, como del cuidado y preservación de su nicho ecológico y medioambiental. Sin embargo, a pesar de la admirable diversidad y de las notables diferencias existentes entre todas las especies vivientes, incluido el hombre, todas ellas en conjunto muestran una creatividad relativamente rica, profusa e ilimitada, en la que comparten minimalmente, pero en una gran unidad, el alma, el sentido y la inteligencia de un único y supremo Creador.

Para alcanzar todas sus potencialidades y sortear las distintas amenazas y formas de exposición y de riesgo, la vida debe superar la condición y relación primaria y extenuante de *ferocidad y depredación*, y ser capaz de erigirse sobre sus propias fuerzas y límites para volver a darse sentido a sí misma, como también prodigar cuidado, celo y protección a su prole o descendencia, para lo cual, los progenitores prácticamente asumen el rol y la figura emblemática y primigenia de "*ángeles naturales, instintivos, protectores, que actúan como guías y aseguradores de su propia descendencia; es decir, de su propia procreación y continuidad biológica*".

Es por ello que, a partir de esta primera figura emblemática, descarnada y primaria de la vida, debe surgir necesariamente una nueva relación ecológica por sobre la de ferocidad-depredación, y ella resulta ser una relación ecológica antagónica e imprescindible *in oppositum extremis* que sirva como compensación y balance a aquella feroz relación primera, y que sobre los remanentes de esta vaya avanzando y profundizándose a medida que las especies vivientes se tornan cada vez

más desarrolladas y complejas: Nos referimos con esto a la necesidad ecológica de la relación de *angelicalidad-protección*, la que aparece como un contrabalance ineludible e inexcusable en el extremo opuesto de la relación ecológica primaria, natural y descarnada de ferocidad-depredación.

Empecemos entonces diferenciado las dos relaciones ecológicas invocadas en el título —ferocidad / depredación *versus* angelicalidad / protección— como principios relacionales fundantes de la vida, antagónicos y extremos a la vez, que emanan del origen y del sentido insondable de la vida. Ambos se conectan y se ensamblan en un mayor desarrollo y en una mayor comprensión y profundización del conocimiento y sentido de la vida, tanto a través de lo biológico, como a través de lo humano comprendido por las ciencias sociales, la psicología, el sentido ecológico de los valores y la economía, la cultura y la ética, la espiritualidad y la religión.

La relación ecológica de ferocidad-depredación

A primera vista, la vida en general es el espacio y el diseño de una realidad cruenta, brutal y desgarradora, totalmente descarnada, ya que la vida en este planeta fue creada bajo el enigma de abastecerse de sí misma, de valerse y depender en todo de sí misma, siendo en cada caso que unas formas de vida son las víctimas o los depredados de otras formas, y otras veces son los victimarios o los mismos depredadores, extremos que se reiteran y se enlazan dentro de las terribles cadenas alimentarias de las que son protagonistas en algún punto el conjunto total de las especies vivientes. La vida para continuarse y preservarse debe depender del suministro de alimento en forma permanente, el cual siempre proviene de la caza, matanza y sacrificio de otra forma de vida en el mismo medio ecológico. Pero, como dijimos, la vida también depende de la conquista de un nicho ecológico adecuado dentro del medio o habitat, nicho que, además de proveerle albergue, alimento y calor, le dé resguardo y escondite necesario de sus depredadores. Para satisfacer estas dos formas esenciales de dependencia, la interna y la externa, la vida puede tornarse una instancia feroz, insensible, despiadada y devastadora, siendo al mismo tiempo víctima y victimaria de su propia condición endeble, dependiente, desequilibrada y mortal. De este modo, entonces, la vida nace y renace, vive y muere, y va emergiendo inexorablemente como desenvolviéndose naturalmente dentro de una relación ecológica primaria de *ferocidad y depredación*, a partir de la cual aun se sustenta, sobrevive y procrea.

La relación ecológica de angelicalidad-protección

La palabra *angelicalidad* proviene de la raíz griega *angelos*, la que significa mensajero, y —como luego explicaremos— en su sentido de comunicación y mensa-

je reside su primigenio arraigo y su vinculación etimológica intuitiva con el surgimiento del lenguaje, la palabra, el verbo y el desarrollo y avance del significado.

La *angelicalidad* es en realidad un producto final muy rico de un proceso instintivo y progresivo bien definido del poder generador de la densidad del afecto, del sentimiento y del máximo sentido valorativo por el otro, empezando por el otro como hijo o cría, y siguiendo por el otro como padre, hermano, par, amigo, compañero o pariente. Pero esta relatividad proximal y afectiva dio origen a la comunicación cada vez más densa y al lenguaje, y con ello, al poder de significado implícito o explícito, como también a la comprensión y al diálogo mutuo que se genera tarde o temprano entre los miembros de un grupo o comunidad, abriendo nuevas formas y redes de representaciones que enriquecen la organización mental y más avanzada en los organismos vivientes superiores; en especial, el Hombre. Este constituye una especie privilegiada, dotada de un lenguaje más o menos preciso, pero muy complejo, y del poder único y trascendental de hallar y de crear el significado a través de la palabra.

La angelicalidad —como veremos— surge de una relación de dependencia estrecha, necesaria, tardía y a la vez prolongada entre los progenitores y su cría, pero esta mayor estrechez y proximidad posibilita la intensificación o la mayor densidad del significado, dado primero como dependencia, emoción, afecto y sentimiento; y luego, como conocimiento particular y abstracto del *sí mismo* y *del otro* en una relación mutua de estrechez y convivencia que surge ecológicamente, y aun más allá de esta. De este modo, la relación imprescindible de angelicalidad-protección hizo cada vez más denso el significado de la relación y de la valoración, el respeto y la consideración, la comprensión e interés por “*el otro*,” *en principio el crío, y fue generando una cierta identificación con el otro a modo de necesidad, de deseo y de satisfacción natural de ayudarlo y de protegerlo espontáneamente.*

La angelicalidad no debe ser vista como ingenuidad. Generalmente, cuanto más pura es la angelicalidad de una relación, o representación, más ingenua y cándida se la ve. Pero, cuando a la angelicalidad se le atribuye ingenuidad o candidez, no es por su pureza intrínseca, sino por el contraste que genera en ella la ausencia de una mezcla que contenga signos comunes de ferocidad/depredación. El hombre es la especie viviente que ha logrado la mayor densidad, intensificación y complejidad en la comunicación con sus congéneres, es el que más ha desarrollado el empleo y el sentido más profundo y denso de la angelicalidad, aunque muchos no compartan este criterio por todas las maldades e iniquidades de lo más sutiles con que los hombres se han acometido unos a otros. Quizás, el animal sea menos sutilmente agresivo y violento que el hombre en su ferocidad, pero solo la ejerce por un sentido instintivo, natural y primario, pero donde la angelicalidad surge en el instinto de proteger a su cría o congénere.

El hombre, en cambio, tiene un sentido instintivo que es a la vez racional y

mucho más amplio y complejo. La mayor densidad y complejidad del sentido de la angelicalidad humana, además de ahondar el significado, la consideración y el respeto por el otro, lleva a un sentido más denso y extenso del amor, de la bondad, del valor y la comprensión por el otro, y, en última instancia, lleva a la clarividencia propia y superracional de la fé religiosa.

El sentimiento de la angelicalidad prístina de los animales superiores surgió instintiva y naturalmente en la tríada formada por los dos progenitores y el cuidado de la cría, donde el recién nacido es un organismo viviente potencialmente total, pero incipientemente frágil y dependiente, nacido en un estado de total invalidez e indefensión, y por el cual, sus progenitores tienen que alimentarlo y protegerlo.

La angelicalidad, entonces, es la condición de relación que existió y se moldeó desde las primeras etapas ecológicas de las especies de aves y mamíferos, que gestaron relaciones progresivamente más estrechas entre los miembros a partir de la relación de cuidado entre los progenitores y la cría, y llegó en las especies superiores y más complejas al desarrollo de la afectividad más intensa sobre la base de la respuesta emocional primaria; y, a partir de esa afectividad primaria, se desarrolló una comunicación más intensa y compleja que solo en la especie humana terminó produciendo el lenguaje y consecuentemente de la intelectualidad.

Lo más importante que todo esto implica es que la intelectualidad, el lenguaje y el sentido de identidad que diferencia y caracteriza a la especie humana se gestaron ecológicamente a partir de la mayor intensidad y densidad de los lazos de dependencia, de convivencia y de sentimientos afectivos entre los progenitores y el hijo, o entre estos y los miembros de la horda primitiva, como de su necesidad de protegerse y defenderse en forma grupal y colectiva de los embates de la ferocidad medioambiental de sus respectivos depredadores.

Los lazos afectivos son generadores de sentimientos, y estos, a su vez, son generadores de conductas de lealtad y de valores grupales que son inmateriales e intangibles, sobre el instinto de conservación de otros valores que son definidamente materiales y tangibles, como la preservación excluyente y física del cubículo habitacional de abrigo y resguardo (hábitat físico) y la preservación egoísta de la comida de reserva, etc. Pero, por sobre todo, estas estrechas relaciones de afecto y dependencia que se fueron profundizando resultaron, a la vez, las generadoras de los primeros valores intangibles, como la fidelidad al núcleo familiar (a la pareja e hijos) y al grupo u horda de identificación y convivencia. En el desarrollo psicológico de la especie humana, estos valores de angelicalidad e intangibilidad primigenias aparecieron como formas de instintos intensos de estrechar la dependencia mutua, y fueron los que precedieron y dieron lugar a la aparición del lenguaje como consecuencia de esa estrechez mutua y de la necesidad de expresar intensamente las representaciones de ideas y de símbolos cada vez más abstractos. El lenguaje surge, entonces, como necesidad inmediata de esa proximidad y dependen-

cia grupal que definía la preservación y continuidad de la vida, así como la necesidad de expresar y de hacer valer sus significados y valores.

El lenguaje le da al hombre su identidad y sentido humanos: a través del lenguaje, se conoce con el otro y se introduce cada vez más en su interioridad y exterioridad. El lenguaje le permite intensificar las experiencias vividas y compartidas; el lenguaje le permite descubrir, expresar y crear nuevos significados y valores intangibles y abstractos por sobre los valores tangibles y materiales limitados del entorno físico y social. Pensemos esto de manera contrafáctica y comprobemos mentalmente que el lenguaje es imposible que surgiera en especies donde los progenitores y sus crías nunca se identifican ni reconocen entre sí, como ocurre con los peces que desovan en el agua o las tortugas que lo hacen en la arena de las playas, pero luego se retiran. En estas condiciones es prácticamente imposible que se dé esa proximidad y esa necesidad progresiva de intensificar y estrechar los sentidos, los afectos y los significados de la vida compartida como del valor y la abstracción que ella origina. Esta primera intensificación de la identidad y de la dependencia primaria entre cría y progenitores se da en las aves, las que forman un nido y proveen de alimento a sus polluelos a través del pico, pero se intensifica aún más en los mamíferos, donde justamente la prueba fundamental de esta estrechez y dependencia ecológica está dada por la misma condición biológico-fisiológica de la madre, la que está dotada de mamas a través de las cuales parte de su tejido corpóreo es succionado por el crío a modo de alimento dotado de nutrientes perfectos para atender las primeras demandas de su delicada y frágil supervivencia. Quiérase o no, la madre que amamanta a su crío está dando el cuadro más emblemático de esta comunidad y convivencia prolongada de vida dependiente y estrecha, ya que el cuerpo de la madre y su amamantamiento está constituyendo el más perfecto nicho ecológico del recién nacido; sin olvidar que su útero y su placenta fueron los nichos ecológicos corporales perfectos durante su gestación. Pero junto con este instinto de angelicalidad / protección animal se desarrolla paralelamente un sentido instintivo y animal de valor intangible, más allá de la avidez natural del animal por lo material y tangible. Tal es el caso, por ejemplo, cuando la hembra madre de una especie enfrenta a un depredador de otra especie más feroz y más fuerte, y expone su vida a cualquier costa para salvar la vida de su crío, el que es el objeto material de la búsqueda y cacería del depredador. La madre animal en este caso, está mostrando instintivamente una conducta cualitativamente distinta y de calidad superior, indirecta y primariamente abstracta de valor intangible, que es la defensa, la protección y el amor instintivo hacia el crío indefenso que ha de defender aun a expensas de su propia vida. Es obvio, la diferencia de valor animal instintivo que tiene el crío para la hembra-madre, por un lado, y para el depredador en sí. Acá tenemos el germen de los dos valores ecológicos de materialidad-tangibilidad y de inmaterialidad-intangibilidad en la reacción instintiva animal. Téngase en

cuenta el siguiente parangón: el mismo crío ya no es la misma representación animal para el depredador que la que es para la madre, para el depredador es sólo el objeto material buscado como bocado apetecido de su voracidad animal; para la madre animal, en cambio, es ya un valor que supera esa materialidad banal y lo convierte en un valor exclusivo, insustituible y incanjeable por otro, incluso incanjeable con su propia vida. En resumen, se produce un enorme cambio cualitativo: Ya en este punto de la escala biológica, el hijo es intangible para la madre, pero sigue siendo tangible para el depredador. El amor instintivo materno, aun en este nivel animal, es la matriz afectivo-emocional original que da lugar a la relación ecológica de angelicalidad y produce el cambio o giro fundamental que lleva de la tangibilidad a la intangibilidad.

Y justamente entre los críos de los mamíferos, el crío humano es el que nace en las peores condiciones de fragilidad, debilidad y dependencia, el que más tiempo prolongado requiere de cuidados y atenciones de sus progenitores, y no es de extrañar que justamente dentro de estas condiciones tan intensas de dependencia estrecha y de atención tan intensa, haya una correlación entre la prolongación e intensidad de esa dependencia primaria del recién nacido y la necesidad de intensificar con él la comunicación y la convivencia. De este modo, justamente, se estima que el lenguaje haya surgido como un correlato y una necesidad natural de esa prolongación y de esa intensificación de relaciones ecológicas entre el trío de progenitores-cría y a su vez del trío con el resto del grupo ecológico de pares con quienes convivían.

En estas máximas condiciones de necesidad y dependencia, como de intensidad de afecto y de convivencia, en las cuales los progenitores en pareja identifican a sus vástagos como extremadamente débiles y desvalidos, surge el instinto de protección base de la relación de angelicalidad, y los progenitores se hacen cargo de los críos. En estas condiciones de necesidad cada vez más intensa de proximidad, contacto y convivencia, es natural que el lenguaje haya surgido y se haya constituido en una necesidad cada vez mayor y en una demanda progresiva imperante, en una condición y requisito infaltable, en una suerte de función preservadora de la especie tal como estipulan teleonómicamente Pittendrigh, C.S. (1958) y Lorenz, K. (1986). Y, de este modo, el lenguaje fue finalmente la máxima bendición y premio a esa extrema dependencia y debilidad del neonato de la especie.

Con la aparición del lenguaje, o la palabra, se intensificó aún más el sentido ecológico de la relación *angelicalidad y protección* para la vida en el planeta Tierra, y sobre todo se intensificó por sobre la relación ecológica original y preexistente de *ferocidad-depredación*, donde contrariamente la depredación es el origen de la ferocidad.

Ya desde el origen natural de esta aura ecológica de angelicalidad y protección conformada por los dos progenitores y el crío, resplandece el rol central de la ma-

dre. A nivel humano y religioso, resulta también sumamente emblemático y supremo que el núcleo vital y origen de los Evangelios de Cristo, continúe y refleje ese carácter ecológico en la tríada integrada por la Sagrada Familia: José, María y el niño Jesús en un pesebre. Asimismo, la figura de los ángeles como mensajeros entre Dios y el Hombre, ya aparece en el Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento, núcleo original de la tradición religiosa judeo-cristiana. También resulta sumamente emblemático que la palabra que reúne a los Evangelios canónicos esté estrechamente vinculada con el concepto de angelicalidad —Evangelio en tal sentido significa “*mensajero de la buena nueva*” (del griego: *eu* (bueno) *angelos* (mensajero)— y sea justamente esta la denominación que sustenta más profundamente el significado sobre el cual se asentaron las Sagradas Escrituras que constituyeron los cimientos fundacionales del Cristianismo. Los Evangelios han transmitido de generación en generación, los significados más profundos de la angelicalidad y la protección de Cristo y los sentimientos y significados más intensos del ser, la existencia, la vida, la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Como dijimos, entonces, estas dos relaciones ecológicas fundamentales que están dadas como antagónicas pero a la vez como complementarias y necesarias, están en su mezcla en un permanente estado de pugna, de tensión y de competencia ecológica; pero en su mezcla también puede leerse o interpretarse el camino prolongado y progreso que lleva a la vida desde el predominio de una relación a la otra, como también la actitud y la intención final que lleva al predominio de una relación sobre la otra en todo gesto o acción. El signo positivo o negativo de este predominio se lo distingue mucho mejor cuando cada una de esas dos relaciones ecológicas es asociada con las dos categorías de valores universales siempre vigentes en la representación social y cultural humana —nos referimos a las categorías antes vistas de *valores materiales y tangibles*, por un lado, y de *valores inmateriales e intangibles*, por el otro. Estos valores también tienen carácter ecológico. En su mezcla competitiva, la jerarquía (la supra-alternancia o la sub-alternancia) que se prodigue a cada uno de esos dos tipos de valores entre sí, uno en desmedro del otro, se torna trascendental por el sentido de prioridad que su jerarquización supra-alternante o sub-alternante les da a cada una de esas relaciones ecológicas antagónicas según el predominio de una sobre la otra. Es decir, la prioridad dada a un tipo de valor demarcaría claramente la prioridad dada al tipo de relación ecológica que les corresponde en el caso de opción necesaria e inevitable. Esa prioridad estaría implícita en las conductas mutuas de los que cohabitan, comparten o compiten, en el mismo sistema ecológico social (eco-convivientes; en donde el más amplio de todos los ecosistemas es el mundo).

La prioridad o prevalencia de uno de esos dos tipos de valores sobre el otro, especialmente cuando hay conflicto entre ellos y compiten entre sí, determina el ca-

rácter moral de la prioridad de una de las relaciones ecológicas en la mezcla. Que se opte por un valor tangible o material cuando por este se relega o se hace subalterno un valor intangible e inmaterial moralmente más elevado, define el predominio de la relación de ferocidad-depredación en la mezcla de relaciones ecológicas a expensas de la relación de angelicalidad-protección y al mismo tiempo perfila y define el sentido ético de la actitud o conducta de un eco-conviviente con respecto a otro. La prioridad o supra-alternancia de uno de esos dos tipos de valores sobre el otro, incide, entonces, en el signo negativo (predominio de la ferocidad/depredación) o en el signo positivo (predominio de la angelicalidad/protección) asignable a la compleja mezcla que alcancen entre sí esas dos relaciones ecológicas básicas dentro del ecosistema social, cultural, ético y económico en que se desarrollan y entrelazan como conductas y manifestaciones de sus miembros.

Ambas relaciones ecológicas existen y los hombres tienen una representación social y cultural variada y a veces un poco confusa de las mismas, como producto de sus mezclas y predominios alternativos.

La mezcla en la que predomina la relación-representación ecológica de *ferocidad – depredación* es generatriz de odio y ataque hacia el eco-conviviente, y en ella los valores intangibles van a ser supeditados a los valores materiales y tangibles. Dicha mezcla induce a que el actor adopte predominantemente una actitud sistemática de ataque, de odio y desconfianza, como de desconsideración, de falta de respeto y afecto por el otro; en el mejor de los casos trasluce indiferencia o total desinterés hacia todo otro eco-conviviente. El predominio de la ferocidad-depredación en niveles más sutiles y complejos le da a la mezcla el carácter de falsedad, fraude, engaño y trampa aun a través de un empleo aparente y simulado de la angelicalidad-protección. Usar este tipo de engaño para llevar o inducir a la presa a caer en una celada o encerrona es la deformación predominante que ejerce la perversión más sutil de la relación de ferocidad sobre la de angelicalidad. El predominio de la relación lo determina el claro signo negativo o positivo de los valores priorizados por la intencionalidad seguida por una de las dos relaciones ecológicas en pugna. Finalmente, el ataque más sutil y ladino de la ferocidad-depredación es cuando ataca al sentido mismo y esencial de la propia angelicalidad, donde por el carácter ya más elevado y sutil de su perversión, nos coloca frente a la pugna entre lo demoníaco y lo divino. Este es el nivel más alto y sutil de la predominancia entre valores y entre relaciones ecológicas fundamentales en pugna, en donde la prioridad de lo intangible por sobre lo tangible, determina la predominancia de la angelicalidad por sobre la ferocidad, y viceversa. El efecto perverso buscado parece ser *crear confusión* entre las dos relaciones ecológicas fundamentales y entre la tangibilidad e intangibilidad de los valores.

Contrariamente, la mezcla con predominio de la *angelicalidad – protección* genera consideración, estima y respeto por el otro en primer lugar y la satisfacción

y alegría de ayudar y servir al otro, y esta satisfacción subjetiva genera un clima ecológico positivo dentro del ecosistema social y cultural. Tanto la mezcla con predominio de una relación ecológica como la otra configuran tendencias y actitudes no solo individuales sino también sociales, porque dichas mezclas se insertan a modo de representaciones sociales y de catálogos de respuestas típicas en la cultura de una sociedad. De este modo, podemos reconocer que hay sociedades con pautas de cultura en las que predomina la relación ecológico-social de ferocidad-depredación, aun cuando ellos mismos no sean conscientes ni se den cuenta de ello, y que también existen culturas en las que predomina la relación ecológica de angelicalidad-protección. Esta diferencia cultural se puede percibir fácilmente apenas en el trato y en la actitud corriente de los miembros de una sociedad.

La *angelicalidad* en este contexto científico, psicosocial y cultural, como ya dijimos, no debe ser vista como ingenuidad, fácil credulidad, candidez supina o simple estolidez como habitualmente se la estima en la representación vulgar, sobre todo en esas sociedades y culturas en donde predomina la ferocidad-depredación sobre la angelicalidad-protección, y donde también se valoran más los signos de la primera que los de la segunda. Al contrario de este supuesto de ingenuidad, la angelicalidad es una fuerza ecológica muy grande y muy seria que esperamos ir explicando con mayor detalle, pero de la cual ya hemos dado el poder de generar más intensidad de afecto y de significado en la relación de comunicación y convivencia.

La *angelicalidad / protección* se genera con la progresiva profundización e intensificación del significado como niveles del afecto, los sentimientos, el conocimiento y la comunicación mutua entre los miembros y agentes en convivencia; a tal punto, que esa progresiva profundización de todos los aspectos enumerados genera una conciencia y una actitud cada vez más profunda de comprensión y de necesidad y respeto por el otro. En este sentido, la angelicalidad no solo lleva al sustento profundo de la fe religiosa, sino también al sustento más profundo del saber y al sentido cada vez más profundo de la ciencia y del conocimiento general, social y cultural.

Conclusiones

Las dos relaciones ecológicas básicas estudiadas, *ferocidad-depredación*, por un lado, y *angelicalidad-protección*, por el otro, se dan, como dijimos, a través de una gran variedad de mezclas a lo largo de la realidad ecológica. En principio, estas dos relaciones se asocian directamente con los dos tipos principales de valores, cuyos significados han ido creciendo junto con el desarrollo de estas dos relaciones ecológicas básicas, donde dichos dos patrones básicos de valores son: 1) los *valores materiales y tangibles*, y 2) los *valores inmateriales e intangibles*. Los

primeros predominan en todas las formas de relación ferocidad-depredación, donde el objeto de ataque o de depredación constituye el bien o valor material, sea físico o viviente, visto como objeto bruto e inminente de cacería, de apropiación o de mera disposición sin límites del objeto visto y deseado solo como material, ya sea para alimento, para presa de un mero disfrute caprichoso, ya sádico o sanguinario por medio de su posesión directa en este tipo de relación ecológica.

Los valores inmateriales e intangibles trascendentes, como el amor, el respeto, la confianza, el cuidado, la protección, el cumplimiento de la palabra empeñada, la responsabilidad, la honestidad y la fe, se los empieza a ver recién a partir del surgimiento de la relación de angelicalidad-protección que ejercen las parejas de progenitores que prodigan cuidados especiales a sus crías a lo largo de la cadena evolutiva, lo que empieza en las aves y se continua y profundiza en los mamíferos y sobre todo en el hombre.

No obstante, estos dos tipos de valores, si bien están muy bien diferenciados, se van dando necesariamente en forma entremezclada a lo largo de toda la escala evolutiva y con tonalidades más intensas y sutiles en el hombre, dando lugar a indicadores de mezcla muy variados de estas dos relaciones ecológicas primarias.

La situación o drama ecológico casi siempre es una distinta mezcla de estos dos tipos de relaciones, donde prevalece una u otra, pero la forma en que mejor se puede distinguir cuál de ellas dos prevalece es preguntándose u observando cuál es el tipo de valor que prevalece y desplaza al otro cuando ambos tipos de valores tangibles e intangibles entran en **puja o competencia ecológica**, ya sea un valor tangible o material que prevalece y desplaza a un valor intangible o inmaterial -lo cual constituye una situación de **competencia ecológica** en la que prevalece la ferocidad-depredación. O bien, cuando un valor intangible o inmaterial prevalece o desplaza a un valor o temor material o tangible, como en el ejemplo antes dado, de la hembra madre de una especie que enfrenta a un depredador más feroz y más fuerte, y expone su vida para salvar a su cría, la que es el objeto material de búsqueda del depredador, mostrando la madre así instintivamente una actitud de valor intangible (la defensa, la protección, el amor hacia el indefenso). En este ejemplo, constatamos que el valor intangible, es decir, el valor que está más allá de la situación natural material e inmediata, ya está bio-ecológicamente instaurado en los animales bajo la forma de amor instintivo-animal.

Esta competencia ecológica entre valores tangibles-materiales y valores intangibles-inmateriales se extiende y se amplía simbólica y significativamente en el ecosistema humano de representaciones sociales, culturales y económicas. Estas continuidades entre lo animal-instintivo y lo humano-social-cultural no deben molestarnos si hablamos de ellas en sentido ecológico; ya hemos dicho que la ecología es un entorno de relaciones que está en todo y es lo que siempre rodea a la vida; por lo tanto, es un continuo y un aspecto inescapable tan común al animal como al

hombre, y nunca debe entenderse como para degradar al hombre comparándolo con el animal, pero sí quizás para entender mejor las raíces del drama de la vida en general y de la vida animal en particular, a partir del drama vital, ecológico social y cultural del hombre.

Entre las representaciones sociales, culturales y económicas del ecosistema humano, hemos estado estudiando el mercado como el *locus* donde se juega la competitividad más cruenta entre los valores tangibles/materiales y los valores intangibles/inmateriales, y allí hemos destacado cómo se hace imprescindible en una economía progresista y humanizada preservar a los valores intangibles-inmateriales de la cruda y exclusiva prevalencia, pugna y competitividad de los valores económicos puramente tangibles y materiales.

En otro trabajo (López Alonso, 2005), vimos especialmente cómo las dos relaciones ecológicas básicas inciden y se imbrican con los valores sociales, culturales y económicos, que pueden categorizarse jerárquica y globalmente como: 1) *valores materiales o tangibles* y 2) *valores inmateriales o intangibles*. Esta doble categorización de los valores, está inspirada en Max Scheler (Max Scheler, 1926 y otras publicaciones de este autor), y está tomada *ex profeso* a fin de ser cruzada con la doble categorización de las relaciones ecológicas básicas invocadas en el título. Luego, ambas categorizaciones cruzadas son estudiadas bajo la condición de una única jerarquía ético-axiológica. Este cruzamiento de categorías se estima imprescindible para preservar el orden ético natural y ecológico del sentido de la vida, pues este orden dispone y requiere que los valores inmateriales e intangibles prevalezcan y estén jerárquicamente por arriba de los valores materiales y tangibles sobre todo cuando entran en competencia social o económica. De lo cual inferimos que la ecología encierra y descubre un sentido ético de las relaciones de la vida.

Para poder analizar con mayor calado los significados implícitos de este cruce de dicotomías entre relaciones ecológicas y la tangibilidad e intangibilidad de los valores, y comprenderlas en un sentido pleno, se hace necesario enmarcarlas dentro del enfoque natural que mejor les compete, y este es el enfoque ecológico.

La jerarquización de los valores intangibles por sobre los valores materiales o tangibles define un sentido no solo ético fundamental que ha sido propuesto y destacado por Max Scheler oportunamente, sino también un sentido profundamente ecológico, pues esos dos tipos de valores están directamente relacionados con las dos relaciones ecológicas expuestas, y su jerarquización o prioridad de unos sobre otros se corresponden con la jerarquización o priorización de las relaciones ecológicas dadas como paradigmas contrapuestos y la prioridad de valores que ellas representan.

En toda situación ecológica y social los dos tipos de valores se dan en una mezcla cuya inclinación o predominio de uno sobre otro define y a la vez depende de

su inclinación por la predominancia alternativa de las relaciones de *ferocidad/protección* y de *angelicalidad/protección* dadas en cualquier acto o gestión social. Es, entonces, según la distinción, confusión o predominancia de uno sobre otro de estos dos tipos de valores de lo cual derivan los aspectos y gestos más diferenciados y opuestos de las dos relaciones ecológicas básicas que nos sirven de guía o *leitmotiv*.

Como ya dijimos, sobre la predominancia general y cultural de una de esas dos relaciones sobre la otra puede inferirse cómo una sociedad genera y aumenta, pero también declina y arruina su propia riqueza cultural, moral y aun económica. La declinación sobre todo se ve si esa riqueza se distribuye arbitrariamente y sin equidad, de una manera corrupta, y se impone generando pobreza sistemática como el lastre principal para el desarrollo social y cultural de la Persona y la Sociedad Humana. Acá podemos tomar como *ejemplo negativo* o *contraejemplo* del máximo desequilibrio ecológico entre los dos tipos de valores, en el desarrollo económico actual, a la situación social carencial más extrema, la más cruenta e indeseada, que es la de falta de un nicho ecológico-social mínimo, *la situación límite propia del desposeído social total* o "*homeless*". Esta es una *situación social de carencia total de todo tipo de nicho ecológico*; donde esta es una situación actual y real si la consideramos en sus aspectos actuales sufrientes, pero que es peor aún si la comparamos con la odiada y execrable situación de esclavitud vista "como del pasado", ya que en esta situación, por lo menos, el amo, aunque sólo lo hiciera por su propio interés, cuidaba al esclavo no como una persona por su valor intangible sino como un bien material y tangible y, solo por ello, le aseguraba al menos un nicho ecológico ínfimo y precario constituido por un techo, un lecho y un alimento escueto, aunque la situación era humana y brutalmente humillante y vejatoria para el esclavo y perversamente vergonzante para el amo, el esclavo estaba más protegido que el *homeless* actual.

Paradójicamente, el actual *desposeído social total* de nuestra sociedad capitalista moderna y tecnológicamente avanzada, la que se enorgullece con gran razón de haber instaurado los Derechos Humanos, posee todavía núcleos o sectores que están en una situación de extrema precariedad y carencia de nicho ecológico-social, en la que están peor y aún más desposeídos que el esclavo de otrora. De manera tal, que el nicho ecológico mínimo debería ser reconocido como un derecho humano de consideración aún faltante e inalienable. En nuestra sociedad argentina actual, durante la crisis del 2002, hemos padecido la situación extremadamente vergonzante de ver a conciudadanos nuestros tener que destapar tachos de basura en la calle para poder comer cualquier resto de comida dejado en ellos. Esta injusticia económica general está aún pendiente de juicio histórico casi imputable a lesa humanidad.

Por otra parte, la Economía es la ciencia que estudia la generación, producción,

intercambio, distribución, administración y consumo de los bienes y recursos que son escasos a una sociedad que está regimentada dentro de un sistema político, jurídico-legal, cultural, histórico y geográfico, y que está dotada de representaciones y creencias culturales sobre una serie de escalas de valores que van desde los materiales (valores tangibles) a los valores éticos, morales y espirituales (valores intangibles).

La *ferocidad-depredación* (1) y la *angelicalidad-protección* (2) son entonces dos relaciones ecológicas paradigmáticas tan opuestas y antagónicamente extremas entre sí, que demarcan el signo positivo o negativo y la dimensión especial que queda contrapuesta entre las relaciones que rigen a los miembros convivientes de una misma sociedad o economía. Como vimos, las dos relaciones han existido siempre desde los primeros momentos de la creación de los organismos vivientes, los que siempre han tenido que relacionarse entre sí dentro de un determinado contexto ecológico que les ofrecía no solo la única posibilidad de vida, sino también los máximos riesgos y amenazas de vida (explicados y comprendidos por la relación de *ferocidad y depredación*), pero donde también surgieron las mejores posibilidades y recursos de supervivencia (originados en parte en las relaciones de *angelicalidad* puestas en la *protección* de los hijos).

Pero como vimos, dentro de las relaciones ecológicas que categorizamos como actitudes y valores de angelicalidad e intangibilidad, se da el desarrollo de los valores intangibles más avanzados y supremos. Finalmente, se llega a que en la cúspide del desarrollo de esta relación ecológica dada en la especie humana, el máximo nivel alcanzado de angelicalidad e intangibilidad lleva a la generación de conductas, actitudes, necesidades y representaciones de objetos y valores espirituales como: la revelación de la idea de Dios y la de un Ser Supremo o Superior, la idea de ética, de moral, de orden y de responsabilidad en las costumbres, luego desarrolla los valores-ideales de fe, de confianza y credibilidad, y por último las ideas de libertad, de apertura, de ley y derecho, como finalmente las ideas y valores de respeto, equidad y tolerancia por el otro que son las que marcan esos avances de la relación ecológica de angelicalidad a nivel humano, social, económico y cultural.

Toda estructura de valores hace a la valoración básica de lo material y económico en forma conjunta y jerarquizada con los valores intangibles del desarrollo representacional de lo espiritual, lo ético, lo social y cultural de la especie humana. Por estas razones, la ciencia económica por más que se centre exclusivamente en los valores materiales y tangibles, jamás puede ignorar los valores intangibles solo porque a largo plazo hasta los valores materiales y la calidad de vida dependen de los intangibles.

¿Qué es lo que los principios y valores intangibles ponen y oponen sobre la total tangibilidad o materialidad? Frente a la materialidad tosca y salvaje de la ferocidad y la depredación surge la intangibilidad de la *angelicalidad* y de la *mutua*

auto-protección social como un valor en el extremo opuesto. Dentro del enfoque ecológico de la relación económica y social que queremos exponer, la *angelicalidad* es lo más opuesto a la *ferocidad*. Y estas dos actitudes básicas de relación y convivencia ecológica demarcan el piso y el techo de todos los valores, relaciones, actitudes y calidades de vida y de convivencia dentro de un ecosistema social y cultural como el humano. Así como la *ferocidad* demarca el piso de la pura y total actitud de afán de materialidad y de depredación por la toma y posesión de vidas y recursos, lleva a la pérdida y total falta de contemplación de los principios y derechos elementales.

Si bien dentro de la teoría económica existen el derecho de propiedad privada y de libertad de empresa y de mercado como garantía y límite a la voracidad por los bienes económicos materiales y tangibles, estos son sostenedores de derechos como creadores de nuevos nichos ecológicos sociales, culturales y económicos. No obstante, la *angelicalidad* demarca el techo de la total intangibilidad y protección mutua, sea privada o común en la toma y posesión de los bienes y recursos, con aseguramiento de los principios de propiedad y de libertad económicas, y alienta el desprendimiento de los valores materiales y la superación de los mismos, y se eleva por sobre esos principios económicos básicos.

Todo este enriquecimiento intelectual-representacional y simbólico-espiritual fue el producto —como dijimos— de haberse desarrollado la proximidad, la protección y la angelicalidad dentro de la especie humana. Pero nunca pudo haber sido el producto de la ferocidad ni de la depredación rapaz. Este enriquecimiento cultural de valores y ética de las comunidades y sociedades culturales humanas luego contribuye al enriquecimiento del valor económico material a-posteriori y en un interjuego equilibrado de valores económicos tangibles e intangibles, que nos dice que los valores materiales y tangibles no son malos o anti-éticos de por sí, sino tan solo cuando someten, supeditan o hacen subalternos a los valores inmateriales e intangibles que los superan en una jerarquía axiológica y ética. Como se desprende de Max Scheler, lo ético no es un tipo de valor, sino el hecho de respetar y hacer valer la jerarquía de los valores en el sentido de que los valores inmateriales e intangibles están siempre por encima de los materiales y tangibles y no pueden ser sus subalternos. Lo no-ético está en invertir o quebrar esta jerarquización de los valores intangibles por sobre valores tangibles. Esto también es válido para un enfoque ecológico de la economía, enfoque que estamos desarrollando en otro estudio separadamente.

¿Qué es la angelicalidad social, cultural y emocionalmente hablando? En este sentido, la *angelicalidad* es que cada persona o miembro de una sociedad desee ser, necesite ser y sienta plena satisfacción y alegría de actuar espontánea y autónomamente como “protector y ángel de la guarda” de los demás miembros de esa sociedad. Esta persona no espera ni reclama que los demás tengan la misma acti-

tud hacia ella, o que esta sea condición previa para luego ella actuar como tal. Si en una sociedad cada uno de sus miembros actúa y se identifica de esta manera con los demás miembros, entonces todos en conjunto constituyen una "sociedad angelical". Esta es una sociedad ideal porque dicha actitud generalizada ha de resolver y aliviar la mayoría de los problemas que afectan a todos los miembros de la sociedad y de las demás sociedades. Será en sí una sociedad autoasegurada y autoprotégida, no necesariamente cerrada en sí misma, aunque con riesgo de serlo si se ve amenazada por formas regresivas de ferocidad-depredación desde afuera de ella. No por ser una sociedad angelical debe pensarse que es una sociedad pacata o ingenua.

Ferocidad y Angelicalidad acá los hemos propuesto como dos parámetros ecológicos opuestos, que están correspondiente y respectivamente ligados a las representaciones diferenciales de predominio y supeditación entre *valores tangibles* y *valores intangibles*. No obstante, las sociedades humanas, como es propio de todo sistema ecológico, son un balance alternativo entre los parámetros ecológicos de *ferocidad* y de *angelicalidad* que entren en juego y en distintas medidas.

Ambos parámetros están culturalmente condicionados, hay sociedades culturalmente feroces, rapaces y depredadoras, que se jactan y aprecian por anteponer los valores materiales a los valores inmateriales e intangibles, los cuales ignoran. Y hay sociedades culturalmente angelicales que se satisfacen y aprecian por servir al prójimo y anteponer los valores intangibles e inmateriales a los bienes materiales. Éstas sociedades alcanzan finalmente la mejor calidad de vida y el mejor estándar económico.

La *angelicalidad social* es la extensión del instinto de protección y cuidado que los progenitores dedicaban a la cría indefensa y dependiente para asegurar su supervivencia. En la *angelicalidad social* este instinto de protección y cuidado se ha convertido en un sentimiento cultural que hace extensiva la angelicalidad a otros miembros de la comunidad aun cuando sean adultos, autónomos e independientes. Toda organización social de protección, prevención, beneficencia y asistencia social constituye una ramificación real de este tipo de parámetro ecológico que denominamos de *angelicalidad social*. Es una *fundación para una vida mejor*.

La *angelicalidad-protección* como principio y parámetro supremo de un tipo de relación ecológica entre los miembros de una especie que se vincula con la protección de las crías, la convivencia en grupos y comunidades, y con la comunicación cada vez más estrecha y potenciada por esa condición ecológica perfeccionó y sensibilizó al lenguaje y a los sistemas más abstractos de representación.

Para que el sistema ecológico no se desestabilice ni se desequilibre tanto a escala biológica, social o económica mundial, la angelicalidad tiene que emerger y expandirse desde los más ricos y poderosos hacia abajo, es decir hacia los más débiles y pobres. Pero generalmente emerge porque es reclamada y demandada por

miembros de este último grupo solamente.

Desde los niveles más altos y poderosos la angelicalidad sólo se origina cuando se institucionaliza religiosamente como lo hizo la Iglesia desde sus comienzos y a partir del Evangelio. Por eso mismo, el Evangelio mismo significa elevación y pasaje desde lo *tangible y feroz* a lo *intangible y supremo*.

Cuando Cristo enseñaba a sus discípulos la máxima "*Amaos los unos a los otros*", Cristo nos estaba diciendo "*Sed valores intangibles los unos para los otros, y aún más*", y con ello estaba haciendo un llamado único, máximo y paradigmático para esta elevación del hombre que se yergue desde la *ferocidad-tangibilidad* pastoril y primitiva de base hasta la *angelicalidad-intangibilidad* espiritual de lo supremo. La religión Judeo-Cristiana introdujo, en tal sentido, un *espíritu de angelicalidad* y de *valores intangibles* en la formación cultural y espiritual de los feroces y salvajes europeos de entonces —conquistadores guerreros y paganos— de aquellos duros tiempos (Siglos I a V D.C.). La angelicalidad fomentó una elevación espiritual que más tarde les abrió a esos mismos hombres la vía de ascenso a una civilización basada en una cultura más sensible y dinámica, una cultura más humanizada, que finalmente incluyera el reconocimiento de la libertad individual de las personas, los valores humanistas de creatividad individual y libertad de ideas, y el respeto por la iniciativa personal, por la propiedad individual y por la libertad de expresión y emprendimiento. Desde un punto de vista bio-ecológico social y cultural la *angelicalidad-intangibilidad* fue un enriquecimiento y una elevación en la calidad de los valores culturales, artísticos y espirituales que tuvo como correlato un enriquecimiento y una elevación de la calidad de los propios valores humanos, culturales, artísticos y económicos. Aumentó sensiblemente el sentido de sensibilidad social y humanizante que derivó en la constitución de los Derechos Humanos. Ecológicamente todo esto significó un ascenso exclusivo e incomparable en el parámetro de la angelicalidad-intangibilidad que luego sirviera para ubicarse en la vanguardia del mundo técnico y cultural en virtud de haber adquirido ese nivel relativamente más avanzado de representación social y de liberación humana.

No obstante, como ferocidad y angelicalidad son paradigmas opuestos a lo largo de toda la evolución ecológico-ambiental animal y humana, la pugna o competencia, tanto como la asociación, la colaboración o el intercambio, o bien toda relación ecológica va a estar teñida de ambos paradigmas y va a ser siempre una mezcla de ambos. En toda relación ecológica medioambiental o social va a haber siempre una parte de angelicalidad-intangibilidad alcanzada y ha de haber también un remanente insuperado de ferocidad-tangibilidad. Esto también debe tenerse en cuenta en toda relación económica; aunque lamentablemente la ciencia económica, centrada en la idea de los bienes y recursos escasos, ha puesto siempre el énfasis en la materialidad de los valores y en la ferocidad-tangibilidad de las relaciones

de producción e intercambio propias del mercado, habiendo desdeñado y vulnerado ya por ingenuidad o ignorancia la importancia que tienen los valores inmateriales e intangibles, que como trataremos de demostrar en un libro próximo hacen finalmente a la propia revaloración agregada y progresiva de los mismos valores económicos materiales que se toman como puntos de partida antes que los inmateriales.

En la mezcla de las relaciones sociales, económicas y políticas es fácil detectar la presencia del factor primordial de *ferocidad-depredación-sólo tangibilidad* como una común ausencia, desconocimiento, o violación y vulneración de algún valor intangible. Así tenemos los ejemplos de: trasgresión o falta de respeto al derecho de propiedad privada, al de libertad de expresión o de libre decisión social, económica, intelectual o política, a la falta de respeto o tolerancia por el otro diferente, como el racismo y los prejuicios discriminatorios religiosos o de otros tipos, o bien la falta de respeto y consideración por la vida del oponente o del inocente, como se da en el caso de la delincuencia, del saqueo y del terrorismo, como en las formas más graves, violentas, arcaicas y primitivas del paradigma original de *ferocidad-depredación-sólo tangibilidad*

La ecología está estrechamente vinculada con el *clima*, como elemento ambiental primordial. Pero el clima incluido en la relación ecológica no es solo el clima atmosférico, sino también el clima social y cultural. La mezcla de las relaciones ecológicas de *ferocidad-depredación-sólo tangibilidad*, por un lado, y de *angelicalidad-protección-predominancia de la intangibilidad*, por el otro, definen y tiñen el clima social y cultural de un sistema social, cultural y económico.

La mezcla puede ser balanceada dentro de un nivel de tolerancia entre las partes, o puede desequilibrarse hacia un sentido o el otro. Si se desequilibra a favor de la *ferocidad-depredación-sólo tangibilidad* la tendencia del clima va a ser propicio hacia la declinación, degradación y empobrecimiento de las relaciones y conductas sociales y económicas, pero si se inclina o se abre más hacia la *angelicalidad-protección-predominancia de la intangibilidad* de las conductas y determinaciones habrá una inclinación o sesgo hacia el progreso y la mejor calidad de vida general. Veamos ejemplos de cómo se diferencian entre sí estas dos inclinaciones del desequilibrio inestable:

- Signos de desequilibrio o inclinación hacia *ferocidad-depredación-sólo tangibilidad*:

Desconsideración, falta de respeto o burla de los valores intangibles que conciernen al otro.

Más intolerancia, preconcepto y prejuicio.

Más machismo.

Más antifeminismo.

Menos valoración del rol de la mujer.

Menos respeto por la víctima.

Menos respeto por la propiedad privada de otros.

Menos respeto por la libertad de expresión.

Menos respeto por la libertad económica.

Menos respeto por la iniciativa privada.

Insensibilidad por la carencia o pobreza de otros pueblos o personas.

Aceptación o indiferencia por los grandes desequilibrios en la distribución de la riqueza a escala mundial.

Mayor tendencia a eludir la responsabilidad.

Mayor tendencia a la dependencia estatal y a la manipulación sesgada y corrupta de la cosa pública.

Más exo-crítica y menos autocrítica.

Más reclamo de los propios derechos con menor o ningún reconocimiento de las propias obligaciones.

Más segregación y racismo. Más racismo y auto-racismo.

Más autocracia y autoritarismo. Más despotismo.

Más burla y condena de los valores y culturas no propios o desconocidos.

Más desconsideración y falta de respeto por el otro, sea semejante o diferente.

Más burla y manipulación de leyes, valores, principios y criterios pre-establecidos y universales.

Burlar la confianza depositada por el otro, o burlar la palabra empeñada ante el otro; peor aún jactarse de ello.

Más corrupción e impunidad.

Más delincuencia e inseguridad social.

Aceptación y máxima justificación de la violencia y agresividad social y del terrorismo, sea éste de Estado u originario de grupos rebeldes y subversivos.

Más tráfico y comercio irregular e ilegal. Más contrabando y mercado negro.

Mayor corrupción e impunidad de los políticos. Dolo, robo, peculado, mentira y prevaricato desde el poder del Estado o desde el mayor poder económico.

Mayor incumplimiento, irresponsabilidad y evasión fiscal de las obligaciones sociales y tributarias.

Menor compromiso y mayor indiferencia e insensibilidad con el congénere y el conciudadano.

Menos identificación, comprensión y sensibilidad por el dolor y pérdida del prójimo.

Más egoísmo y egocentrismo natural y espontáneo en todas las conductas y actitudes.

Más indiferencia e insensibilidad por la situación de padecimiento del otro.

Burlar y ultrajar los valores intangibles de la ética, de la cultura, de la sociedad y la economía.

Por último, la mayor ferocidad-depredación en el clima de las relaciones ecológicas sociales tiende a degradar el nivel general de dignidad y de calidad de vida de una sociedad, y como consecuencia de esta degradación tienden a bajar y a malograrse los valores subjetivos de los bienes materiales y tangibles de esa sociedad y la calidad técnica y de diseño de sus productos, con riesgo asimismo de elevación de su precio relativo con respecto al nivel general de ingresos. Hay consecuentemente sobrevaloración de los rasgos más vulgares y groseros. Hay sobrevaloración de la descortesía y de la falta de respeto hacia el otro.

En resumen, a mayor *ferocidad-depredación sólo-tangibilidad* en las relaciones ecológicas político-sociales, los individuos y grupos tenderán a restringir su libertad e iniciativa privada y económica mutuamente y a quedarse y estancarse cada vez más en la dependencia paralizante del poderoso de turno, y en el caso de las sociedades se tenderá a acatar cada vez más la censura y la autocensura, como, asimismo, a depender cada vez más del Estado como único elemento "de manipulación del todo, y de pseudo-protección".

- Signos de equilibrio por inclinación favorable hacia la *angelicalidad-protección-predominancia de la intangibilidad*: Generalmente supone el cambio o inversión de signos de los puntos anteriores. Más:

Reconocimiento y respeto por los valores intangibles que conciernen a otros, y principalmente a todos los miembros de una sociedad.

Toma en cuenta en primer lugar el no faltar el respeto o la desconsideración hacia los demás cuando tiene que adoptar una decisión, determinación, maniobra o movimiento.

Mayor tolerancia y amplitud de mira.

Mayor sensibilidad y comprensión por el problema del otro.

Prioriza los valores intangibles por sobre los valores tangibles.

Prioriza el respeto y la ética.

Requiere igualdad de derechos, respeto y consideración para el hombre y la mujer.

Mayor respeto y consideración por el otro como ser humano, sea semejante o diferente.

Mayor defensa y aceptación del feminismo.

Mayor respeto por la ley, la ética y la moral social y comunitaria.

Los individuos y grupos no temen ni recelan tanto entregarse al empleo adecuado de su libertad de expresión, su creatividad y sus iniciativas privadas.

Mayor rechazo y menor justificación de la agresividad, la arrogancia, el autoritarismo y la violencia en las relaciones y costumbres sociales, económicas y políticas.

Máximo rechazo y anti-justificación del terrorismo.

Máximo rechazo y anti-justificación de la corrupción y de la impunidad a nivel social, económico y político.

Mayor cumplimiento y responsabilidad de las obligaciones comunitarias y tributarias.

Por último, la mayor angelicalidad-protección mutua en el clima de las relaciones ecológicas sociales tiende a elevar *el nivel general de dignidad y de calidad de vida de una sociedad*, y como consecuencia de esta elevación tiende a incrementarse y a mejorar la calidad técnica y de diseño de los productos y de los bienes materiales y tangibles fabricados en esa sociedad sin incremento abusivo de sus precios.

La angelicalidad despierta más interés, más comprensión y más colaboración por los otros. De este modo, la angelicalidad genera un mayor interés y un mayor conocimiento de la sociedad y del mundo y aun lo amplía. A largo plazo, la cultura de la angelicalidad beneficia a todos, genera mayor riqueza y beneficio para todos y para cada uno. Eleva el nivel de calidad de vida y enaltece la dignidad de vida. Fomenta un respeto, un interés y una cortesía automática por los otros. Fomenta y hace natural el sentimiento de identificación y preocupación por el prójimo, aunque no los conozcamos. La angelicalidad enriquece a la vida en todo sentido. Este efecto es así porque la angelicalidad cultural es la exaltación de la vida, mientras la ferocidad-depredación cultural es el empobrecimiento y la primitivización de la vida. Es una cultura donde se hace elogio del despojo del débil y de la capacidad de saqueo del fuerte y del poderoso de turno. Dentro de la cultura de la ferocidad-depredación, es muy común que muchos que se jacten públicamente de esas "habilidades".

La ferocidad es indiferente, no muestra signos de interés, ni de respeto, ni consideración o preocupación por el otro. Nunca muestra signos de sensibilidad y comprensión; cree que hacerlo es vergonzoso y autoagravante. Empobrece y afea la vida; destruye la calidad de vida y anula su sentido de dignidad, o bien no lo valora ni lo entiende. La vida del otro no le importa, no la valora e incluso puede destruirla por una contrariedad cualquiera y minúscula. Odia a la angelicalidad en sí misma y en los otros, odia aun la propia figura de angelicalidad y trata de destruir todo sentido de angelicalidad de manera aviesa. Impone su grosería y su peor mal gusto, haciendo gala de los mismos. Provoca y burla; se ufana y se ríe y burla de la angelicalidad. Cree que la angelicalidad es propia de estúpidos, de débiles o ingenuos, y se impone y propone destruir la angelicalidad o usarla cuando le conviene y solo en su provecho, como destruirla fuera de su propio interés cuando obra a favor y por interés de otros, a los cuales la cultura de la ferocidad odia o es indiferente. En estos casos a la angelicalidad suele vérsela como sembradora de candidez y estupidez, pero éste es sólo el sentido circunstancial y aislado del gesto angelical, nos estamos refiriendo a una necesidad que puede definirse como una forma cada

vez más trascendente de ver y desear al mundo, y en este sentido la angelicalidad es como una forma cultural de benevolencia y un deseo de amor y respeto por toda la Humanidad y por todas las distintas formas de culturas, de etnias y sociedades. Genera un mundo de entendimiento, sin violencia ni corrupción de ningún tipo, y esto no es candidez.

El político corrupto es como el depredador feroz de una sociedad. La relación de ferocidad – depredación en la que antepone todas las ventajas materiales por sobre los principios y valores inmateriales da como producto propio y característico la impunidad y la corrupción. Y como muy bien sostiene el jurista español Antonio Garrigues Walker, presidente de la Fundación Ortega y Gasset, “*la corrupción conduce a la pobreza*” (Garrigues Walker, 2006). La secuencia entonces es *ferocidad-impunidad-corrupción-empobrecimiento y pobreza profunda (indigencia) irreversible para una sociedad*, un círculo vicioso donde se cumple que la ferocidad-depredación cultural a nivel político-social es empobrecedora y desdeña y aniquila todas las formas verdaderas de generación de riqueza auténtica, degradándolas por el enriquecimiento personal ilegal, espurio, escondido, inconfeso u oculto.

En el otro extremo, una sociedad en la cual el sentido de angelicalidad-protección funciona a pleno es aquella en la que sus miembros sienten satisfacción y alegría por servir a otros o por resolverles problemas a otros. La satisfacción y alegría por preocuparse o por prestar la mayor consideración al otro, es la clave esencial del éxito y felicidad de dicha sociedad.

Bibliografía

- GARRIGUES WALKER, A. (2006) “Los políticos argentinos tienen un discurso antiguo”. Sección *Los Intelectuales y La Nación*, Diario La Nación, Buenos Aires, 3 de mayo de 2006, págs. 1 y 12.
- LÓPEZ ALONSO, A.O. (2005) “Prolegómenos para un Enfoque Ecológico de las Ciencias Sociales: El Medio Ambiente como Origen de las Representaciones Sociales de la Economía y de los Valores Ético-Económicos”. *Revista Realidad – Revista del Cono Sur de Psicología Social y Política*, Nro. 4, 2004-5, pág., UAJFK, Buenos Aires.
- LÓPEZ ALONSO, A.O. (2005) *Efecto y Poder del Enfoque Ecológico-Analógico bottom-up para una Mejor Comprensión de los Procesos Cognitivos de Representación*. Simposio: X Reunión AACC, Univ.Nac.Mar del Plata.
- LÓPEZ ALONSO, A.O. (2005) *La Pobreza como el producto de un manejo no ecológico de la Economía*. Conferencia leída en Quintas Jornadas para la Transformación –Segundo Congreso para el Desarrollo de la Persona Humana. San Bernardo – 19 al 22 de Octubre de 2005. Organizado por: Instituto Superior de

Formación Docente y Técnica N° 89. Conferencia vinculada al tema *Economía y Pobreza*. Congreso sobre el *Desarrollo de la Persona Humana*.

- LORENZ, K. (1986) *Fundamentos de la Etología. Estudio comparado de las conductas*. Paidós Studio – Básica, Barcelona.
- PITTENDRIGH, C.S. (1958) "Perspectives in the study of biological clocks". En *Perspectives in Marine Biology*. Scripts del Instituto de Oceanografía, La Jolla, California.
- SCHELER, M. F. (1926) *Die Wissensformen und die Gesellschaft* (Society and the forms of knowledge). Leipzig: Neue Geist. Ver también: *Contribuciones a la determinación de las relaciones entre los principios lógicos y éticos*.